

Domingo 09.07.23
LA RIOJA

Lecturas de verano

Leemos en verano porque viajar es algo que sólo podemos hacer de vez en cuando y casi siempre como extraños, como turistas accidentales

CARLOS GIL ANDRÉS

Profesor de Historia del IES Inventor Cosme García

kioskoymas#cgilandres@gmail.com

kioskoymas#cgilandres@gmail.com



Se sabe que ha llegado el verano cuando uno ve a los maestros paseando ociosamente, como caníbales en plena penuria de misioneros. El comentario es de Robertson Davies. Lo cita Manuel Leguineche en *La felicidad de la tierra*. En sus páginas respiran los veranos pasados en su casa de La Alcarria. Sin salir del libro podemos sentir los olores primarios del campo, las comidas sabrosas, el pasar de las nubes en las tardes de siesta, la alegría ritual del mus entre amigos y también el lamento por el fin de la cultura tradicional campesina.

En *La marcha Radetzky*, de Joseph Roth, el verano comienza con la procesión del Corpus Christi en Viena. El viejo emperador Francisco José pasa en su majestuosa carroza tirada por corceles blancos guiados por lacayos con levitas negras y pelucas empolvadas mientras las ruedas de los grandes molinos secretos han empezado a moler la Gran Guerra que se avecina. Parece que estamos entre la masa popular que asiste a la ceremonia y admira la pompa y el esplendor de los uniformes de gala, los caballos y las carrozas sin saber que quienes desfilan ante sus ojos son ya fantasmas de la historia.

Si leemos *Guerra y paz* podemos acompañar a los Rostov a misa un domingo estival y sentir el aire sofocante de la mañana, los vestidos de colores entre los árboles del bulevar, el son de la música y esa peculiar languidez de verano, la satisfacción y el disgusto del presente que se advierten en los días calurosos de la ciudad. Y también el horror de los campos recién segados de Borodino, cubiertos por los cuerpos sin vida de miles de soldados; el extraño olor, acre, a salitre y a sangre, que una niebla húmeda, impregnada de humo, extiende sobre los cadáveres, los heridos y los hombres agotados que miran con cara de espanto la carnicería.

En los cuentos de Juan Rulfo, *El llano en llamas*, no hay nada parecido a un verano refrescante. El calor es siempre abrasador. Ni una sombra de árbol. Y si cae una gota de agua se la come la tierra calcinada y la desaparece en su sed. El viento prende las cosas como si las mordiera, escarba por debajo de las puertas y revuelve la desdicha de los pueblos, pero no se la lleva nunca. La noche parece un respiro, pero la oscuridad está llena de hervores, la vida se suelta en manos de los sueños y los muertos pesan más que los vivos, lo aplastan a uno dentro del libro. Quisiéramos salir de él pero no podemos.

La sequía marcaba también la vida de los hombres en Nubia, hace unos 15.000 años. Los recursos escaseaban y las comunidades de cazadores-recolectores se disputaban el territorio. En el yacimiento de Jebel Sahaba, hoy bajo las aguas de la presa de Asuán, se descubrió un cementerio con más de cuarenta esqueletos que habían sufrido una muerte violenta, la primera masacre conocida de la historia. Es un episodio más de los cientos que cuenta Alfredo González Ruibal en *Tierra arrasada*, un viaje por el registro arqueológico de la violencia humana –escombros, cenizas y huesos– desde el paleolítico hasta el siglo XXI, que demuestra que la lectura de un libro de historia también puede ser apasionante.

Tantos veranos como tantos libros. ¿Por qué vivir sólo uno? Libros para ahondar en nuestra existencia o para evadimos de ella; para conocernos mejor o para ser lo que nunca seremos. En realidad, no existen las lecturas veraniegas. Sólo hay lecturas. Y no es cuestión de falta de tiempo. Manuel Astur sostiene que leer un libro es una de esas acciones que, como decía Cicerón de contemplar un jardín, no sólo no te hacen perder el tiempo sino que te permiten recuperar parte del que has perdido. Leer es

tiempo ganado, tiempo robado al tiempo, subraya Daniel Pennac en *Como una novela*: «El tiempo para leer es siempre tiempo robado (al igual que el tiempo para escribir, por otra parte, o el tiempo para amar). ¿Robado a qué? Digamos que al deber de vivir».

Quien disfruta leyendo en vacaciones no puede dejar de hacerlo el resto del año. Y quien no conoce ese placer –o lo ha perdido– tampoco lo echará de menos. Durante años he mantenido un pequeño rito para iniciar las vacaciones escolares. Llevar a mis hijas a una librería y comprarles, como regalo de fin de curso, los libros que quieran. Lo he vuelto a intentar ahora. Sin éxito. La mayor se ha excusado diciendo que en esta ocasión no, pero que confíe, que ya volverá, que esto va por rachas; la menor no ha contestado, se ha limitado a mirarme con una sonrisa así como de ternura antigua. Preferiría como regalo una ampliación de gigas de datos en el contrato del móvil. Eso sí que sería un detalle por mi parte.

No desespero. Sé que la lectura requiere silencio, sosiego y soledad, condiciones que hoy en día es difícil reunir y que no asociamos a la juventud. Pero si decimos que el placer de leer se ha perdido, insiste Daniel Pennac, eso significa que no está muy lejos. Sólo se ha extraviado. No costará mucho recuperarlo. Quien lo ha probado una vez lo sabe, conoce el poder imbatible de una buena historia bien contada.

Leemos en verano porque viajar es algo que sólo podemos hacer de vez en cuando y casi siempre como extraños, como turistas accidentales. Leemos en cualquier estación del año porque es una lástima tener una existencia tan corta y haber conocido sólo un tiempo y un lugar concretos. Porque la vida no nos basta.

La mejor agencia de viajes es, sin duda, una librería.